

«... lo que estaba perdido era la pista de la historia, el arquetipo del valor humano...»

C A R A Y **Por IGNACIO AGUSTI** C R U Z

la «Niña II»

EL viaje de la «Niña II» a través del Atlántico puede ser un signo elocuente de la época. Nuestra adolescencia fue marcada por el meteoro de los viajes trasatlánticos de urgencia; los vuelos del «Plus Ultra» o del «Sprit of Saint Louis» planearon velozmente sobre nuestra imaginativa sed de récords y de «performances». Ramón Franco y Lindberg se constituyeron en los héroes de aquellos años. Estábamos en 1928. Tenían que ocurrir muchas cosas para que la actualidad y la admiración revertieran en quienes pretenden volver a llegar despacio a su destino; en quienes desdennan la técnica, los aparatos mecánicos y electrónicos de navegar y se lanzan al océano en 1962 con el mismo riesgo y la misma novedad que el siglo XVI.

La gesta de los tripulantes de la «Niña II» no se comprendería en absoluto como uno más de los alardes náuticos — un poco circenses — de los llamados «navegantes solitarios». La experiencia pseudocientífica de Bombard o la sensacional aventura de Thor Heyerdahl con su «Kon-Tiki» en sus respectivas y meritisimas dimensiones, corresponden a una ambición de signo distinto al que ha llevado al mar a los tripulantes de la «Niña II». En aquéllos existía un prurito de aventura muy marcado, con infinitas vertientes de comprobación científica y «moderna», en ambos casos. Lo que ha llevado a navegar a la «Niña II» es casi exclusivamente una comprobación histórica. Lo más importante de la gesta actual podría también ser lo que en ella hay de más pintoresco — en un noble sentido de la palabra —. «Volver» a las Indias como en el viaje de Colón es infatuarse de historia, meterse en el ánimo — y en el cascarón — de la historia. De ahí la total generosi-

dad del viaje, su categoría de experimento mental puro, en el que poco pueden sentirse aludidos los cosmógrafos, los oceanógrafos, los físicos y los científicos en general, mientras el hecho roza los dominios de la transfiguración y de la metapsíquica.

Durante un par de semanas la expectativa mundial respecto a la situación y la suerte del diminuto trasatlántico, que armaron los astilleros de San Sebastián, ha sido la muestra más elocuente del enorme valor de la hazaña. También la opinión pública — así llamada, de manera genérica, la sensibilidad popular, o aun, con mayor justeza, el sentido común — se ha visto afectada por la incertidumbre del paradero de los nautas. A ese cascarón perdido en el Atlántico le han buscado docenas de aviones de reconocimiento y barcos de tonelaje mayúsculo que, como en una auténtica batalla, botaban lanchas de reconocimiento para la captura de un botín de mucho valor. Y, en efecto, lo tenía; lo que estaba perdido era, en no escasa medida, la pista de la historia, el arquetipo del valor humano; y también, para los de la otra orilla del Atlántico, la reconstrucción del origen de un continente civilizador. Los «sosias» de Colón llevaban — y llevan — a la memoria de un mundo técnico y apresurado la conciencia de una serie de virtudes elementales en las que cabría de nuevo — si se tratara de volver a empezar — la civilización entera.

Llegarán en paz los arriesgados españoles a las costas orientales de América. Sólo al llegar se darán cuenta del trastrueque de los siglos: porque no serán ellos quienes ofrezcan aquellos presentes que engolosinaron a los indígenas. Ahora, al bajar del barco, habrá pirotecnia, whisky y transistores, televisión y Cadillacs. No hay forma de perpetuar indefinidamente el en-

